

II

Dos años después. Tarde de Agosto. Á lo lejos, cerrando el horizonte que dominaba la era, las aristas de los montes quebrábanse en una sombra igual, y teñían todavía el ocaso, las suaves, ligeras nieblas doradas de los últimos rayos del sol. Rojas cintas de nubes, como grandes tiras de hierro incandescente, destacábanse inmóviles en un fondo verde-mar, desvanecido y pálido, rayado de listas de una coloración levemente anaranjada. Pequeños algodones transparentes, con blancuras de nieve, rompían aquí y allá, alegremente, la profunda monotonía del azul. Hacía un lado, sobre los castaños próximos, elevábanse los tejados de la aldea, la torre blanca de la iglesia, las paredes encaladas de la escuela.

La gran era comunal, levemente accidentada, ofrecía en aquella hora el aspecto tranquilo y pacífico de una gran oficina en reposo. Pocas parvas; iban

rematándose las cosechas; una semana, dos cuando más, y quedaría todo recogido. Ya sobre la paja de las «parvas,» ó en la cima de los altos balagueros, entre los utensilios de la trilla y la chiquillería que alborotadamente saltaba, los trabajadores tomaban descanso, — rojos por la solanera intensa de todo el día; algunos echados, en mangas de camisa, desnudo el pecho, arremangados los musculosos brazos, en una regalada postración de trahilla que al fin logra su hora de sosiego, después de estar cazando un día entero. Parecen postrados de fatiga los mismos mayales, los trillos, las palas, las escobillas, que se llevaron todo el día barriendo el suelo al rededor de las parvas. Y aquí, y allí, dando una sensación agradable de hartura, perfilábanse los enormes costales, en medio de las fanegas rebosantes de grano. En otro lado, hombres en mangas de camisa, al rededor de un gran montón de paja cortada, van aventando, con auxilio del airecillo que sopla. Y oyesse caer sobre las palas la lluvia del grano, al propio tiempo que la paja voladora forma montón á la otra parte, y las escobillas, en

manos de las mujeres, no cesan de reunir el grano, barriendo en círculo, con gran afán... Á un lado, carros vacíos; uno de ellos, de altísimas «angarillas,» se va henchiendo de paja, mientras otros, repletos de sacos colocados en rimero entre las cancillas más bajas, marchan hacia los graneros chirriando agudamente, tirados por los gigantescos bueyes.

Fuera de las eras, libres de los trillos que quedan sobre la paja, grupos de bueyes caminan lentamente, con las grandes orejas caídas, oscilantes los rabos, acariciando sobre las anchas ancas el luciente pelo. Y allá van, cuesta abajo, rozando el enorme corpachón en los ásperos troncos de los castaños, á llenarse la panza con la serena agua de la orilla, sorbiendo lentamente, hinchándose á cada sorbo, pesadamente, monótonamente, insaciables en medio del agua sumisa en que se hunden...

Al final de la era, junto á los oscuros castaños, un grupo de mujeres cantaba alegremente en coro. Acababa de ser medido en los sacos el último grano de la abundante cosecha de Tomás de Eira.

—¡Rica cosecha, sí, señor! venían á

decirle los vecinos.—La mejor de todo el pueblo!

—¡Por supuesto! ¡Ya verán ustedes los graneros! ¡Mucha paja, es lo que han de decir ustedes, mucha paja y poco grano!...

Y muy afanoso, sin arrogancias de superior, ni gestos de soberbia, arremangado hasta los codos, el tío Tomás iba y venía dando órdenes, repitiendo avisos, distribuyendo aquí y allí las últimas tareas.

—¡Ahí va un saco, tú! Es para las granzas. Que no se olvide ni un grano, ¿oís? ¡Al avío, listos! Ojo con que no quede alguna cosa olvidada: esas palas, esas escobas, todo eso. ¡Margarita, eh, Margarita! ¿Dónde está tu fanega? Bueno; si va en el carro está bien.

Y parecía un loco, metiéndose en la faena de todo el mundo, expeditivo, locuaz, alegre, pidiendo por las almas benditas que no se durmiesen ahora.

—¡Vamos, vamos! Las palas, ¿qué estás diciendo? Déjame por ahí alguna, que ya te lo diré luego, ¿oyes?—¿Qué hace ahí en el suelo ese «rasero,» ó lo que sea?

—¡Mira tú lo que haces: esos sacos que queden bien atados!

El criado, que se disponía á marchar con los carros, preguntó, ya con la ahijada en alto, si mandaba otra cosa.

—No, puedes irte. ¡Oye! en casa, que tengan la cena á punto. Date prisa, ¿oyes, Francisco? No agujíonees á los bueyes, que el carro va muy cargado. Al paso, deja ir al paso los animales. Anda.

Como el carro chirriaba, levantó la voz para decir:

—Oye, descarga en el granero de en medio. En el de en medio, ¿eh? Los bueyes, al Prado. ¿Te enteras?

Pero Francisco apuntó hacia dos sacos que quedaban: — «¿Será preciso venir por ellos?»

—No vale la pena, yo los llevaré.

Y después, dirigiéndose á los que le rodeaban, observó que bien sabía él quién los llevaba antes, aquellos dos sacos...

—¡Con mil demonios! ¿Apuesto á que no adivinan ustedes?

«¿No lo sabían?... ¿Quién podría llevar los dos sacos? ¿no acertaban?»

—¡El *Sultán*, hombre, el *Sultán*! Ese

era quien los llevaba. ¡Y digo á ustedes que entonces valga el doble la cosecha, así Dios me salve!

Algunos rieron la ocurrencia. «Tenía gracia que el recuerdo del animal no se le borrara ni á tiros.»

—Vamos, que eso es ya manía, tío Tomás.

En esto, precisamente, el labrador soltó un ¡oh! de sorpresa. Volviéronse todos «¿qué ocurría?» Por el camino que se dominaba desde la era, pasaba un hombre á caballo.

—¿No lo querréis creer, muchachos?— exclamó el labrador, palideciendo.—Aquel burro, ¿eh? si no es *Sultán*, el diablo me lleve...

Recordaron: — «estrella manchada en la frente, la pata derecha blanca...»

—¡Es él, con mil diablos! ¡Basta verlo! Y aquel es el ladrón.

Y escupiendo en las manos, y arremangándose más la camisa, arrancó de un tirón el mango de una aventadora, y echó á correr hacia el camino.

Pronto se oyó gran gritaría; las mujeres de la cuadrilla comenzaron á dar alaridos:

—¡Que lo mata!—gritaban todas.—¡Ay, que lo mata! ¡Socorro! ¡Qué desgracia! ¡Ni el alma le deja! ¡Socorro!

Los hombres apretaron á correr detrás de él; afluía gente de todas partes de la era, los perros ladraban.

—¡Cuidado, tío Tomás! ¡Que se pierda usted, tío Tomás!—decíanle cogidos á él.—¡Suelte el palo, que se pierda! ¡Todo se arreglará, tío Tomás, suelte usted el palo!

—¡Qué arreglar ni qué diablo! ¿Soltar yo el palo? ¡Apártense! ¡Les voy á moler las costillas si no me sueltan! ¡Apártense!

Y braceaba furioso, llevándolos á ras-tras, agarrados á él y al palo. Llegó á herir á uno, y los otros cedían por momentos.

—¡Considere usted, tío Tomás!

«¡No consideraba nada, no quería considerar cosa alguna! ¡Apártense! En un arrebato de ira, abriéndose paso con un remolino del palo, de un salto se plantó en el camino, tropezando con las piedras, vacilante.

—¡Abajo!—intimó.—¡Usted es un ladrón!

—¿Un qué?

—¡Un ladrón! ¡Ese burro es mío! ¡Lo



voy á matar á usted, so bribón! ¡Déjenme, suéltense! ¡Lo he de dejar tendido ahí mismo, como un perro!

Y en medio de la gente alborotada, con la rienda del burro en la mano izquierda, y en la derecha el amenazador palo, gritaba que lo dejasen, que tenía completa razón « ¡con seiscientos millones de diablos! »

Signióse á esto un altercado, cruzáronse razones de una y otra parte, insultos.

— ¡Ya he dicho que es usted un ladrón!

— El ladrón lo será usted, — contestó el otro, que había echado pie á tierra y avanzaba con los puños cerrados. — Y no lo vuelva usted á decir, porque lo rajo!

Afligidas, algunas mujeres volvíanse, con las manos cruzadas, hacia la capillita próxima, rogando la intercesión de la Virgen. El Labrador comenzaba á temblar como rama tierna movida por el viento; desfigurábalo la rabia, mojábale los bordes de la boca una saliva blanquísima. Por la camisa rota, veíasele ya un pedazo de hombro. Habían logrado, por fin, arrancarle el palo; pero ahora braceaba,

con los puños levantados sobre aquellas cabezas en desorden.

Dirigiéndose á varios del grupo, el hombre del burro, disculpábase: «lo había comprado á unos gitanos, cualquiera adivinaba que era robado...»

—¿Ve usted, tío Tomás?—advirtieron en seguida unos cuantos.—El hombre no tiene la culpa.—Y gritábanle al oído:—No tiene la culpa; compró el animal de buena fe. ¡Eso es!

—¡Miente!—objetaba incrédulamente el tío Tomás, cada vez más airado.—¡Miente!

—¿Que miento?—decía el otro, iracundo.

—¡Como un judío!—escúpale por su parte el tío Tomás.

Fué preciso, al fin, para convencerlo, ponerse serio con él, llamarlo pendejero, imprudente, alborotado. Entonces él, abriendo los brazos como si fuese á nadar, sosegóse un poco, amainó, prometió llevar aquello con paciencia, á las buenas. Llegó casi á pedir perdón, limpiándose con la blanca manga las gotas de sudor.

Había perdido la cabeza, ¿qué remedio?

Llegóse por fin á un acuerdo. «Sí, señores; conformábase, pero con una condición: que dejase suelto el burro, y éste resolvería...»

—¿Se aviene usted al trato?

—¿Qué trato?

—¡Voto á cribas! Usted suelta el burro, ¿entiende? deja el burro suelto. Después, será para donde tire. Si el burro vuelve grupas, allá para el sitio de donde usted viene... ¿Usted de dónde viene?

—De los Casaes.

—Bueno. Pues si el burro toma hacia los Casaes, el burro queda de usted...

—Y si va derecho á la aldea, es del tío Tomás,—concluyeron algunos del grupo, conciliadores.

—¡Ni más ni menos! ¿Está usted conforme? Diga si está conforme.

Por contestar algo, el otro asintió. Mas parecíale imposible que el burro marchase hacia la aldea... Había venido de tan mala gana, que hasta le costó sacarlo de casa.

—Mire que irá hacia los Casaes. Des-

de ahora le digo que va hacia los Casaes, —afirmó.

—Mejor para usted. Pero eso ya se verá. ¿Se afirma usted en lo dicho? quiso saber el tío Tomás.

—Sí, señor, me afirmo. ¿Qué duda tiene que me afirmo?—díjole el otro brusca-mente.—Mire: una, dos, tres, á las tres le suelto la rienda.

Iba ya á abrir la boca para decir:— «¡una!»

—¡Alto!—exclamó Tomás.—Espere usted un poco. Antes he de hacerle unas caricias al animal.

Y púsose á palmotearle las ancas, el pescuezo, el pecho, deteniéndose un poco á mirarlo de frente «para que el animal lo conociera.»

—¡Sultán!—gritóle de repente.—¡Eh! ¡Sultán!

El burro se estremeció... Hubiérase dicho que en el fondo de su memoria, el recuerdo tal vez adormecido de aquel nombre habíase despertado súbitamente...

—¡Je, je!—rió muy satisfecho el labrador.—Ahora, vuelva el burro hacia allá.

Ni para los Casaes, ni para el pueblo: Así. ¡Je, je!

Y apartóse á un lado, aguardando. Gran ansiedad dominaba en aquel momento á los del grupo. El tío Tomás empezó á morderse las uñas, nervioso...

—¿Qué espera usted, ahora?—preguntó. Oyóse la voz del otro, diciendo:

—¡A la una!...

Tomás sintió un escalofrío: movía los pies nerviosamente, lleno de miedo, mirando de reojo, y entre los dientes apretados oprimía el pulgar de la mano derecha...

—...¡A las dos!

—¡Eh! ¡Diantre!—decía por lo bajo Tomás. Y sin querer, se le cerraron los ojos fuertemente.

—...¡A las tres!

Sonó entonces un estruendo de aplausos, un griterío atronador de vivas y carcajadas. El tío Tomás había vencido: corrían todos á abrazarlo, afirmando que el caso era para disparar cohetes.

—¡Viva el tío Tomás! ¡Viva el Sultán! ¡Eso sí que es ser un burro!

—Eso sí que es ser amigo, deben decir

ustedes,—corregía Tomás, riendo.—Los tengo de dos pies que no valen la mitad...

—¡Oh, tío Tomás!—protestaban algunos.

—Esto no va con ustedes; pero es como quien se confiesa... Conste que no va con ustedes.

Y reía, reía como un descosido, á la vez que, por el camino adelante, el *Sultán* corría que volaba, la cola al aire, arrastrando la cuerda, perdiéndose por fin allá en el fondo, en la polvoreda enorme del camino, como rodeado de un nimbo de resplandeciente apoteosis. Y tras las huellas del burro, despavorido y como loco, siguió luego el labrador, después de dar un fuerte abrazo al de los Casaes...

Cuando Tomás llegó á su casa, atosigado, sudando, haciendo gestos y soltando palabras entrecortadas por risas, ya el *Sultán*, relinchando, pateaba á la puerta de la cuadra antigua, con gran impaciencia, con un «chás,» «chás,» continuo en la solera.

—¡Vengan á ver! Vengan acá á ver,—vociferaba Tomás á los vecinos.—¡Antonio! ¡Compadre! ¡María Engracia!

Asomaba gente á las ventanas, preguntando si era fuego.

—¡Qué fuego ni qué calabazas! ¡Es el *Sultán*, es él, este enemigo! ¡Josefa, Josefa! Aquí tenemos al burro, este demonio. Asómate.

Imagínese ahora el lector, si puede, la efusión del labrador. ¿Abrazos? Y hasta besos. Aquello era un tesoro perdido que reaparecía al fin. La mujer, en lo alto de la escalera, persignábase, preguntándose si su marido se había vuelto loco...



—¡Palabra de rey, *Sultán*, palabra de rey! Vamos por los sacos, son sólo dos. ¡Josefa! Escucha! Trae acá ese garrafón que está al pie del arca, listo! La medida también, ¿sabes? La de las rayas encarnadas, la más grande.

Y cogiéndose á la albarda, montó muy satisfecho, de un salto,

—¡Ajajá!

La tía Josefa apareció, sofocada con el enorme garrafón.

—Anda, mujer, ponlo aquí delante de mí. ¡Menéate!

Iba la buena de Josefa á arriesgar una observación, un consejo, algo importante...

—No me digas ni una palabra. No me apures, mujer, no me apures. ¡Trae aquí, yo lo mando, listo! Así. Está bien.

—En nombre del Padre...

—¿Qué quieres? ¡Me dió ahora por ahí!

—En nombre del Padre, en nombre del Hijo...

—¡La medida! ¡Venga ahora la medida!

—... en nombre del Espíritu Santo!

—Pásalo bien, mujer,—concluyó riéndose á carcajadas, entre las risas de los demás.—Atiende. Cuando ese bribón de Manuel venga de coger nidos, mándamelo á la era. ¡Al trote, *Sultán*! ¡Ah, valiente!

Y partió, veloz como una saeta. De lejos ya, volvióse de repente.

—¡Josefa, Josefa! En el barreño mediano, unas sopas de vino para *Sultán*, ¿oyes?

En el mediano. El grande es demasiado grande y el pequeño no da para nada. ¿Oyes? Ha de ser cosa que satisfaga, por supuesto.

Y de nuevo salió como una flecha, abrazado al garrafón. Tirando ora á la derecha, ora á la izquierda, espoleando con los pies, llegó en una carrera, cubierto de una nube de polvo, hasta las primeras parvas.

—¡Vino, mucháchos! ¡María del Carmen, toma un traguito, mujer! Aunque hemos estado reñidos quince años, eso no le hace. ¡Se acabó!

Y el tío Tomás atravesó la era, siempre montado en el *Sultán*, repartiendo á un lado y á otro medidas de vino.

* * *

Media hora después regresaba, *Sultán* cogido por las riendas, Manuel en medio de los sacos, y delante de Manuel el hermoso garrafón sin gota de vino...

Por el camino, contaba Tomás la historia á todo el mundo, riendo como un ton

to, en un jjá, jál de carcajadas sonoras,
que le salían de lo más íntimo.

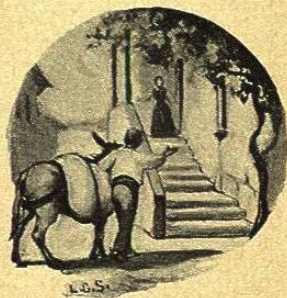
—¡Rica cosecha, sí, señores, un cose-
chón!

Y paró á la puerta, mientras la mujer,
todavía persignándose en lo alto de la es-
calera, movía y removía el barreño de
loza:

—En nombre del Padre, del Hijo y del
Espíritu Santo.

... Al tiempo que Tomás, abriendo los
brazos, respondía, reclamando las sopas:

—¡Amén!



Abyssus Abyssum...